

del pobre. Unidos á Dios, que os lo da todo, y él mismo se os da por amor, aprendereis á daros y á dar por caridad lo que teneis. Oid que os dice: «Bienaventurado el que extiende y dirige su mirada sobre el necesitado y el pobre, en el día malo le libraré el Señor. Guárdele el Señor y déle vida, y hágale bienaventurado en la tierra, y no le deje caer en manos de sus enemigos (1).» Unidos á un Dios sacrificado por amor, aprendereis á sacrificaros por el hombre, que es imagen de Dios. Él os dirá: «Venid, benditos de mi Padre, á poseer mi reino, porque me habeis alimentado, vestido y consolado en la persona del pobre (2).» Hombres todos, ricos y pobres, fuertes y débiles, poderosos y desvalidos, comulgad. Unidos á Dios, poseedores de Dios, que se da á todos, os sentireis unidos, y os amareis como hermanos, y os hareis mutuamente felices, cuanto es posible serlo en la tierra, y lo sereis despues todos en el cielo.

(1) Psalm. XL, 1, 2.

(2) Matth. XXV, 34, 40

OCTAVO SERMON.

El alejamiento de la Sagrada Eucaristia en unos, y el abuso en otros, causa de los males que nos aflijen.

Ideo inter vos multi infirmi, et imbecilles, et dormiunt multi.

(Corinth. XI, 30.)

HEMOS estudiado, Señores, en los días anteriores, las sublimes armonías de la Sagrada Eucaristía, memorial eterno de las divinas maravillas, prenda suprema del amor de Dios y compendio admirable de sus beneficios. No por haberse agotado la materia, que es inagotable como el Océano é infinita como el Dios de la misma Eucaristía, sino porque tocamos ya al fin de estos santos ejercicios, no es posible pasar más adelante en el descubrimiento de sus tesoros de santidad y pureza, de heroísmo y de virtud. Baste decir que todo en el mundo se refiere á la religion, todo en la religion se refiere á Jesucristo, todo en Jesucristo se refiere á la Eucaristía. Ella es, por lo mismo, la piedra preciosa y el tesoro de que habla el santo Evangelio, por el cual da cuanto tiene quien lo encuentra (1). La hemos considerado, Señores,

(1) Matth. XIII, 46.

en lo que es y lo que hace, consumando la obra de la restauracion de todas las cosas, objeto de la doctrina y del sacrificio de Jesucristo, y elevando al hombre y á la sociedad al mayor grado de perfeccion y de felicidad posible en este valle de miserias.

Pero paréceme que al oír en estos dias los sublimes efectos de que es causa la Sagrada Eucaristía, habrá nacido tal vez la duda en el espíritu de alguno de vosotros, y habrá dicho: Si eso es cual se dice, ¿cómo es que en los hombres y en la sociedad de nuestros dias se descubren tan poco esos admirables resultados? En todas las calles hay templos: en todos los templos está el augusto Sacramento: ¿cómo es, pues, que ni aun en pequeño círculo, tal vez al rededor del templo, vemos esos deliciosos frutos de la Sagrada Comunión? De esta duda, de esta observacion con que pudiera argüirse á mi doctrina, mejor á la doctrina del santo Evangelio, vengo á ocuparme en esta tarde. Es cierto que no aparecen esos frutos de santidad y caridad en muchos de los hombres que se llaman cristianos y blasonan de católicos; es cierto que cunde el mal, se arraiga y se extiende la corrupcion, la division y la discordia con la miseria y el crimen, que llevan la gangrena al corazon de la sociedad; pero esto no es porque la Sagrada Eucaristía haya perdido nada de su grandeza y de su eficacia infinitas; no es porque se haya abreviado la mano de Dios, ni se haya inutilizado por viejo el Catolicismo: Cristo y su obra es de ayer, es de hoy y de todos los siglos (1). La causa está en el hombre, está en la sociedad; y la prueba es, que al lado de ese espectáculo desgarrador del crecimiento espantoso del mal, vemos todos los dias acciones heróicas,

(1) Hebr. XIII, 8.

virtudes sublimes en los hombres de la fe y de la caridad, que en el círculo donde se les permite obrar atajan el mal, introducen la semilla del bien, y demuestran á dónde llegarían si no se les crearan tantos obstáculos; á dónde llegaría la sociedad entera si toda ella volviera al Catolicismo, y en el Catolicismo á lo que es su alma y su vida, á la Sagrada Eucaristía, á la Comunión. La causa, repito, está en el hombre, está en la sociedad: yo la encuentro, Señores, en el alejamiento y en el abuso de este divino Sacramento. Muchos, la mayor parte, se alejan de la Sagrada Eucaristía; otros se acercan, pero abusan de ella. Hé aquí lo que impide que se perciban y generalicen los admirables efectos que quiso y quiere Jesucristo que produzca este Sacramento de amor. Examinemos estos dos males en sus causas y en sus efectos. Quiera Dios que este exámen, además de la demostracion produzca el remedio.

PRIMERA PARTE.

De la boca del grande Agustino salió, hermanos míos, esta sencilla y sublime frase: El que te ha criado sin tu cooperacion, no te salvará sin ella (1). Así como en el paraíso terrenal, para que gozase de sus frutos el hombre, á quien lo diera Dios, le mandó el trabajo y el cultivo (2); así, para que llegue á la felicidad del cielo y

(1) Qui creavit te sine te, non justificat te sine te; creavit nescientem, justificat volentem. (S. Aug., Serm. 15 de verb. Apost., cap. 11.)

(2) Gen. II, 15.

á la que en la tierra es su preludio, quiere que con esfuerzo poderoso se haga digno de ella. Por do quiera le presenta medios: la doctrina de la verdad, el ejemplo de la virtud, la esperanza del premio, el alimento del alma, Dios mismo dado al hombre como medio de llegar á él; todo está á su alcance en el seno del Catolicismo. Ante el hombre, dice el Señor, está el bien y el mal, la vida y la muerte; lo que él quiera, eso se le dará. Te ha puesto delante el agua y el fuego; alarga la mano á lo que quieras (1). Tal es la doctrina de la libertad del alma, condicion indispensable del mérito, y base por lo mismo del premio y de la gloria. ¿Qué uso hace la mayor parte de los hombres de nuestros dias de esa preciosa libertad? ¿Someten su entendimiento á la verdad, inclinan su corazón á la virtud, buscan á Dios y corren hácia él para alimentarse de él mismo y ser como Dioses?

Escuchad una de las sublimes parábolas de Jesucristo: ella nos explica el estado de estos hombres, las causas de él, y el resultado que tiene y tendrá necesariamente. «Un hombre-Rey hizo un gran convite para celebrar las bodas de su hijo, y convidó á muchos; envió sus criados á la hora señalada á llamar á los convidados, y todos comenzaron á excusarse. El primero dijo: he comprado una granja, y necesito ir á verla; te ruego me tengas por excusado. Dijo otro: he comprado cinco yuntas de bueyes, y quiero ir á probarlas. Otro dijo: he tomado mujer, y no puedo ir allá. Todos le despreciaron y se marcharon, el uno á su granja, el otro á su tráfico. Irritado el Rey dijo: en verdad os digo que ninguno de estos hombres gustará mi cena; y enviando sus ejércitos acabó con ellos y puso fuego á su ciudad. Entonces dijo

(1) Eccli. XV, 17, 18.

á sus criados: id á las salidas de los caminos, y á cuantos halláreis, llamadlos á las bodas. Hiciéronlo así, y congregaron á cuantos hallaron, malos y buenos, y se llenó la sala. Entró el Rey á verlos, y vió allí un hombre que no estaba vestido con vestidura de boda, y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí no teniendo vestido nupcial? Más aquel hombre enmudeció, y el Rey dijo á sus ministros: atado de piés y manos arrojadle á las tinieblas exteriores: allí será el llorar y crujir de dientes (1).»

Ved aquí lo que sucede en todo tiempo. De los llamados al convite, unos se alejan y otros abusan. ¿Cuáles son las causas del alejamiento? Yo las reduzco á una sola, que las comprende todas: la indiferencia religiosa, bien la consideremos en el orden de las ideas ó de la fe, bien en el de las acciones ó de la moral y del culto. La indiferencia religiosa, enfermedad gangrenosa de la sociedad moderna, principio de desorden y de corrupcion, que abstrayendo y apartando al hombre de Dios, le reduce á la esfera de sí mismo, le inclina á la tierra, y le incapacita para el heroismo de la virtud. La indiferencia religiosa, que adormece al rico en sus goces y sus fiestas, y al pretendido sábio en su orgullo, que rechaza toda revelacion; y al pobre en su trabajo, y al hombre maduro en su fuerza; y al jóven en sus pasiones y sus locuras: la indiferencia, que reposando sobre inconsecuencias, conduce infaliblemente á un abismo.

¿Quién duda, Señores, de la existencia de esa enfermedad del espíritu y del corazón? ¿Quién duda de que la mayor parte de los hombres no se ocupa sino de lo que pasa, de lo presente, de lo terreno, y ni una hora dedica al pensamiento de Dios y de la eternidad? Examinad la

(1) Matth. XXII; Luc. XIV, 16 et seq.

vida del hombre que vive en el mundo material. Atravesará los montes, surcará los mares, consumirá sus fuerzas y gastará su salud y su vida en descubrimientos peligrosos; comprometerá á los ojos del mundo lo que llama su honor, para aumentar su fortuna, para satisfacer su ambicion, para aparecer superior á los demás. Preguntadle: ¿á dónde diriges tus pasos? Al goce, á la abundancia, al poder. ¿Y despues? A la tumba. ¿Y despues? No lo sé, responderá. ¿Es que no quieres saberlo? ¿Es que no te importa saberlo?

Buscad el origen de esa indiferencia hácia la religion, y especialmente hácia la Sagrada Eucaristía. El mundo lo presenta en el espíritu que le domina, en el orgullo, en la avaricia, en la sensualidad (1). Estas son, dice San Agustin, las tres excusas con que se negaron á asistir al convite del Rey de la Parábola los que fueron llamados á celebrar las bodas de su hijo; estas son las que impiden á muchos hombres el acercarse á la sagrada mesa (2). El hombre busca en su alma la soberanía, la independencía, la primacía del yo; en su cuerpo, la sensacion, el placer; en la tierra el dinero. Estos tres términos de accion le hacen despreciar á Dios, y mirarle, ó como demasiado grande para que se cuide del hombre, ó como demasiado pequeño para exigirle un tributo de su razon y de su corazon; á Jesucristo, como un filósofo, como un sábio antiguo, que ningun derecho tiene sobre el hombre; y á la religion, como una institucion

(1) I Joann. II, 16.

(2) Excusaverunt qui venire noluerunt. ¿Quomodo? Tres fuerunt excusationes..... ¿Putamus non istæ sunt excusationes quæ impediunt omnes homines qui ad istam cœnam venire detrectant?..... Concupiscentia carnis: *uxorem duxi*. Concupiscentia oculorum: *quinque juga boum emi*. Ambitio sæculi: *villam emi*. (S. Aug., Serm. 33 de verb. Domini.)

gastada, cuyo tiempo ya pasó. Todo lo olvida menos la tierra: lo olvida todo menos á sí mismo.

El orgullo es la primera fuente de la indiferencia. Apoderándose de la razon, hace creer al hombre que solo ella es el criterio de la verdad, y que tiene derecho de dudar de cuanto no comprende, y á despreciar cuanto le humilla. Desde entonces cree que ostenta una fuerza superior en su razon y una grandeza de alma que le honra, si desprecia toda idea, todo sentimiento, toda práctica de religion. Estudiarla es rebajarse; practicarla es ponerse al nivel del pueblo ignorante; dejarse gobernar por ella, es esclavizarse, es reducirse á una vida de preocupacion y fanatismo. Ese hombre se avergüenza de tener nada comun con lo que se llama pueblo. Le ve dirigirse al templo, y se compadece de su ignorancia. Le ve delante del altar santo, humildemente prosternado ante Dios para adorarle y pedirle sus gracias, y llama á esto pobreza de espíritu; él hace alarde de no adorar, de no pedir. Le ve á los piés del ministro de la misericordia de Dios, confesando sus culpas y esperando el perdon, y la sonrisa del desprecio asoma á sus labios, y rechaza toda solidariedad con esa gente crédula, de quien dice que se abusa. Le ve postrado ante la Sagrada Eucaristía, ó alimentándose de su Dios, y se burla, y apresura el paso para no verle siquiera. Sabe, en fin, que el pueblo espera en Dios y espera el cielo, y para aparentar superioridad, renuncia á esta esperanza.

Hé aquí una de las causas de la indiferencia religiosa, y por ella del alejamiento de la Sagrada Eucaristía. Hay hombres que miran como una humillacion el creer, y en cuyo concepto es bajeza adorar á Dios y recibir en su corazon á Jesucristo. Esto, dicen, es bueno para el pueblo, es bueno para las mujeres. ¿Cómo si fueran ellos más que el pueblo! ¿Cómo si pudieran pasar sin Dios,

mejor que el pueblo y que las mujeres! ¿Sois más sábios que Leibnitz y Descartes, que Newton y Fenelon, que Bossuet y que Balmes? Ellos, pues, pusieron su gloria en creer, en adorar, en mostrarse religiosos, y, los que entre ellos eran católicos, en recibir la Sagrada Comunion.

Esa indiferencia hácia la religion en general, y hácia la Sagrada Eucaristía en particular, nace además de la avaricia, de la sed de dinero que devora á todas las clases de la sociedad. En otro tiempo, mientras Moisés recibia de la mano de Dios las tablas de la Ley, que debia enseñar al pueblo como alianza que con él hacia el Señor, el pueblo, al pié del monte, se fabricó un becerro de oro y le rindió adoracion (1). Esto mismo sucede entre nosotros. El oro es el ídolo de nuestra sociedad; la sed de oro es el móvil de las acciones humanas. Un autor ha dicho que el Evangelio de nuestro siglo es un libro de cuentas; el templo, una fábrica ó una casa de negociacion; el altar, un mostrador; Dios, el dinero. Dominado el hombre por esta pasion, gastando sus fuerzas, su salud y su inteligencia de dia y de noche, en el cálculo y el afanoso trabajo con que pretende y espera hacerse rico, no piensa en Dios, no se ocupa de su alma; y aun cuando oiga la voz que le llama, aun cuando reciba esquila de convite para la boda del Rey del cielo, aun cuando vea el templo y en él á Jesucristo, que le espera y lo convida, no se detiene, no se ocupa de él. Esto, dice con los convidados de la parábola, es bueno para los que viven ociosos: yo conozco que es bueno tener religion, conozco que es buena la Comunion; pero el trabajo me llama, los negocios me apremian, mi interés está en otra parte: ruego, Señor, que me tengas por escusado; he de

(1) Exod. XXXII.

comprar una casa, he de visitar una viña que he adquirido, he de dar movimiento á mis negocios, he de calcular y combinar mis especulaciones: *Rogo te, habe me excusatum* (1).

Segunda causa de alejamiento de la Sagrada Eucaristía; segundo obstáculo á la realizacion de los designios de Dios por este medio sublime de restauracion del mundo. ¿Cómo ha de obrar Jesucristo en los que huyen de él? ¿Cómo ha de obrar en los que, calculando hacer una mezquina ganancia, exclaman: Disminúyanse las fiestas; hagamos cesar los dias festivos de Dios sobre la tierra (2); anulemos esos dias en que el hombre, levantando los ojos al cielo, recuerda que allí está su Padre, y que aquella es su pátria? Reduzcamos al hombre á una máquina de producir riquezas, aun cuando su corazon no sea jamás una oficina de virtudes. En la clase obrera, apenas el niño tiene fuerza para la menor fatiga, ya se le sujeta al trabajo, se le esclaviza, se hace de él una bestia de carga, una máquina, atendiendo solo á que produzca riqueza, prescindiendo de enseñarle que hay un Dios; y ni sabe que es cristiano, ni aprende á conocer ni á amar á Jesucristo, á pesar de que los niños fueron y son siempre el objeto especial de la ternura del Salvador. Dejad, decia, dejad que se acerquen á mí los niños, para llenarlos de mí espíritu, para darles mi bendicion (3). El mundo se los roba, los arrastra lejos de él, y engendrando en su corazon por única pasion la del dinero por el trabajo, los sujeta á las privaciones de este, sin darles el consuelo de la esperanza y de la fe. ¡Cuántos llegan á la edad madura sin saber que Jesucristo está

(1) Luc. XIV, 19.

(2) Psalm. LXXIII, 8.

(3) Matth. XIX, 14.

dia y noche en el tabernáculo, diciendo: «Venid los que estais cansados y oprimidos, y os aliviare (1),» y ofreciéndoles en la sagrada Comunion el consuelo, la resignacion y la esperanza! ¿Y extrañaremos que esos niños, hechos hombres, sean criminales, y que un dia, cansados de trabajar y de ver que, mientras ellos se consumen, otros se engrandecen con el producto de sus sudores, faltos de educacion para comprender el valor del génio y del talento, y mucho más faltos de religion que modere y contenga sus pasiones y naturales instintos; extrañaremos, repito, que aborrezcan á los que no se les enseñó á mirar como hermanos y miran como opresores, y los maldigan, y levantando contra ellos un brazo de hierro, instrumento de un corazon de roca, le dejen caer con el furor de la desesperacion, y magullen y tronchen y desmenucen cuanto se les opone?

Pasemos á la tercera fuente de indiferencia y de alejamiento: es la sensualidad. El goce del sentido, el placer; hé ahí el término á que el hombre del mundo dirige todos sus pasos. ¿Qué vemos en la sociedad de nuestros dias sino sensualismo? Los adelantos de las artes, los progresos de la industria en todos sus ramos, las conquistas de la razon, ¿se dirijen á elevar al hombre sobre la tierra, á ennoblecerle con la virtud, á acercarle al cielo, á hacerle imágen perfecta del Hombre-Dios, modelo de la humanidad? Vosotros lo sabeis: todo se hace concurrir al refinamiento del sensualismo; todo es instrumento para dar á la carne el triunfo sobre el espíritu. Y en verdad que se consigue el objeto. La sensualidad lo domina todo; y rebajando al hombre á la vida del sentido, acostumbrándole desde sus primeros años á no gozar sino en

(1) Matth. XI, 28.

lo que halaga las pasiones, en lo que satisface la vanidad, en lo que llena de ilusiones la imaginacion y agita la sangre, pone una barrera insuperable entre el hombre y Dios. San Pablo lo dice: «El hombre animal no percibe las cosas del espíritu (1);» su entendimiento se cubre de tinieblas; la luz de la fe no llega á él; el amor de Dios no hiere su corazon. El sensual necesita salir de sí mismo, agitarse, embriagarse para gozar; y por ello nada siente hácia Dios, que no está en la conmocion y el tumulto (2); nada hácia Jesucristo, que es Príncipe de paz (3); nada hácia la Sagrada Eucaristía, que no afecta al sentido ni obra sobre el corazon en quien domina la tempestad de los apetitos carnales (4).

Dios, Jesucristo, la Eucaristía, exigen del hombre el sacrificio, la abnegacion, la muerte de la sensualidad para obrar su renovacion, y esto se resiste soberanamente al corazon sensual. Prefiere renunciar á Dios, prefiere hacer alarde de no temerle ni amarle, antes que sometersele; prefiere persuadirse á sí mismo que no tiene alma, que todo acaba en la tumba, que es una bestia, antes que dejar los goces de bestia para sentir los de Dios. *Homo cum in honore esset, non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis* (5). Cierra sus oidos á la voz de Dios, al llamamiento de Jesucristo; y pretextando su desposorio con la carne y la materia, desprecia el convite del Salvador del mundo: *Uxorem duxi, et ideo non possum venire* (6). Estos son,

(1) I Corinth. II, 14.

(2) III Reg. XIX, 11.

(3) Isai. VIII, 6.

(4) Sap. I, 4, 5.

(5) Psalm. XLVIII, 13.

(6) Luc. XIV, 20.